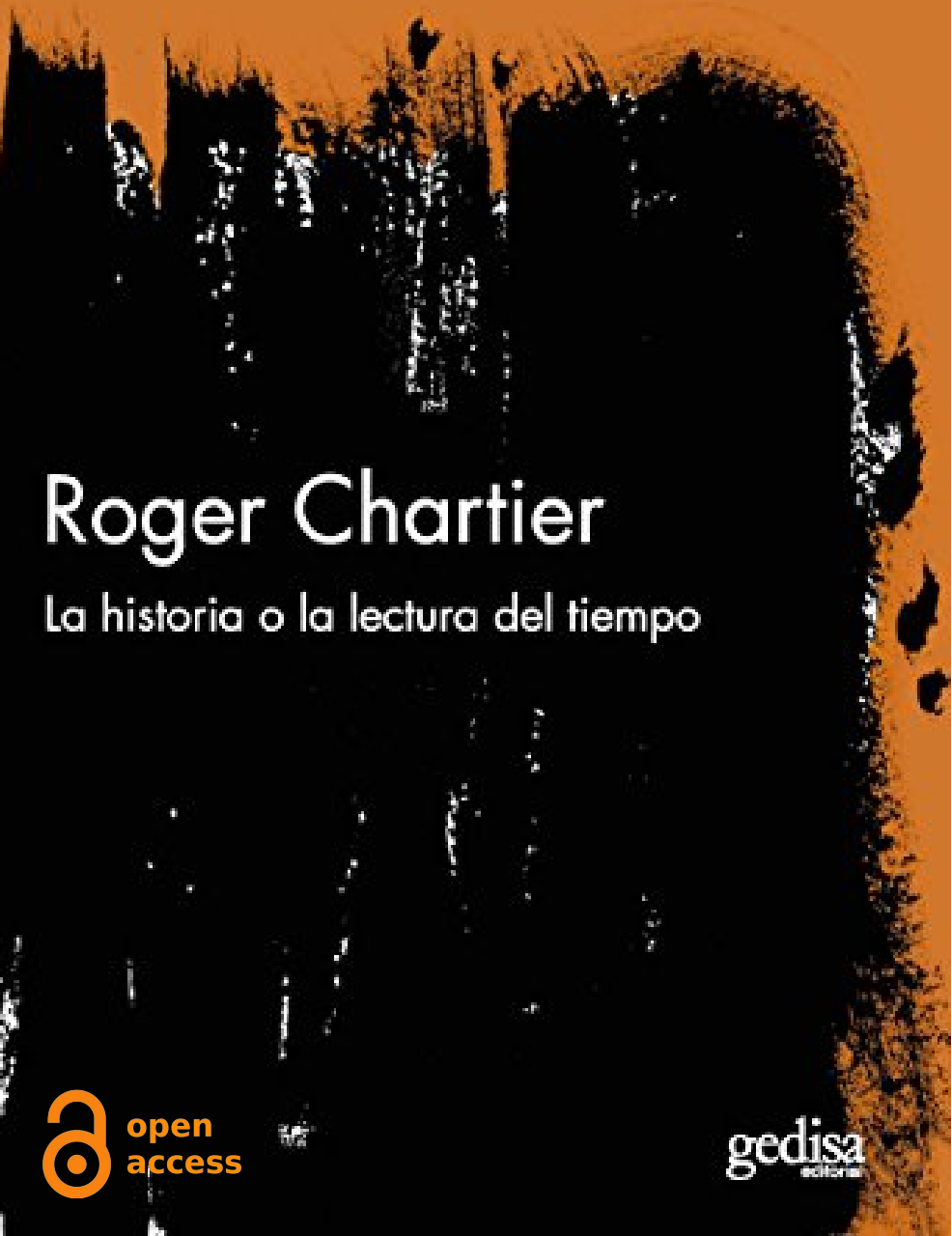
V3x



Roger Chartier

La historia o la lectura del tiempo

open access

gedisa editorial

Visión 3X

Este ensayo reflexiona sobre los interrogantes que atraviesan hoy en día la escritura de la historia.

Desde los años setenta y las obras de Paul Veyne, Hayde White y Michel de Certeau, los historiadores han discutido dos cuestiones esenciales: por un lado, la tensión entre la forma retórica y narrativa de la historia, compartida con la ficción, y su estatuto de conocimiento comprobado; por el otro, la relacion entre el lugar social donde la historia como saber se produce (ahora la universidad, anteriormente la ciudad antigua, el monasterio, las cortes, las academias) y sus temas, técnicas y retórica. Recordando y desplazando estas cuestiones clásicas, este ensayo hace hincapié en tres problemas más recientes: 1) La competencia para la representacion del pasado entre historia, literatura y memoria; 2) Las posibilidades y efectos de la comunicación y de la publicación electrónicas sobre la investigación y la escritura históricas; 3) La construcción de la relación entre las experiencias del tiempo y la construcción del relato histórico.

1977
30 aniversario
2007

gedisa editorial

creative commons

ISBN: 978-84-9784-236-5

9 788497 842365
309002

Roger Chartier (1945). Prestigioso historiador francés, director de estudios en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y del centro Alexandre Koyré. Es colaborador en el programa radiofónico «Les Lundis de l'Histoire» en la cadena pública France Culture. Sus trabajos de investigación se dirigen a la historia del libro, de la edición y de la lectura. Sus últimos libros publicados por Gedisa son: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: Los orígenes culturales de la Revolución francesa* (1995) y *Las revoluciones de la cultura escrita: Diálogo e intervenciones* (2000).

Roger Chartier

LA HISTORIA O LA LECTURA DEL TIEMPO

Marc Augé
Por una antropología de la movilidad

Roger Chartier
La historia o la lectura del tiempo

Manuel Cruz
Acerca de la dificultad de vivir juntos
La prioridad de la política sobre la historia

Néstor García Canclini
Lectores, espectadores e internautas

Ferran Mascarell
Barcelona como proyecto de cultura

Josep Ramoneda
Una defensa apasionada de la Ilustración

George Yúdice
Nuevas tecnologías, música y experiencia

LA HISTORIA O LA LECTURA DEL TIEMPO

Roger Chartier

gedisa
editorial

© Roger Chartier, 2007

Traducción: Mar Garita Polo

Diseño de la colección: Sylvia Sans

Primera edición: octubre de 2007, Barcelona

© Editorial Gedisa, S.A.
Avda. Tibidabo, 12, 3.º
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
http://www.gedisa.com

Preimpresión:
Editor Service S.L.
Diagonal 299, entresòl 1ª – 08013 Barcelona

ISBN: 978-84-9784-236-5
Depósito legal: B. 44631-2007

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España
Printed in Spain

Serie aniversario 30 años

Visión 3X es una serie conmemorativa de XXX años de edición continuada. De crecimiento en la elaboración de contenidos y su expansión a lo largo y ancho de la geografía española y por supuesto de toda América Latina.

V3X es también mirar hacia dentro, atravesar la piel y ver los huesos de nuestras estructuras y marcas más sólidas. También es una forma de la mirada, es alzar la vista mientras nos damos la vuelta y oteamos nuestros orígenes para entenderlos. A su vez, este artilugio nos permite girar sobre nosotros mismos, levantar de nuevo los ojos y mirar el futuro a través de la palabra que explora y especula. Nuestro artefacto es limitado, su capacidad está dada por las huellas de su historia. Permite ver el interior pero tiene un límite en sus aumentos: treinta años hacia atrás y treinta años hacia delante, y, sin embargo, creemos sinceramente que los selectos invitados que han hecho uso de él le han sacado sus máximas potencialidades.

Gedisa, orgullosa de sí misma y de sus autores, invita a festejar este 30 aniversario con todo el mundo lector que esté dispuesto a ser sacudido por la mirada crítica que los autores de V3X nos proponen: Marc Augé, Manuel Cruz, Roger Chartier, Néstor García Canclini, Ferran Mascarell, Josep Ramoneda y George Yúdice.

Editorial Gedisa, 2007

Índice

Nota previa 11
La historia, entre relato y conocimiento ... 19
La institución histórica 28
Las relaciones en el pasado.
Historia y memoria 34
Las relaciones en el pasado.
Historia y ficción 39
De lo social a lo cultural 48
Discursos eruditos y prácticas populares ... 63
Microhistoria y globalidad 74
La historia en la era digital 82
Los tiempos de la historia 88

Nota previa

Este libro es el quinto que publico con Gedisa. Semejante colaboración –larga en el tiempo y basada en la confianza mutua– es un ejemplo entre muchos otros del importante papel que esta editorial desempeña para que sean conocidos, leídos y discutidos en el ámbito de la lengua castellana los trabajos de historiadores europeos o americanos. Es para mí un placer y un orgullo estar presente en un catálogo en el cual figuran también autores como Fernand Braudel, Jean-Pierre Vernant, Jacques Le Goff, Peter Burke o Carlo Ginzburg.

La publicación de este nuevo libro me permite recordar cuáles fueron las mutaciones de mi disciplina, la historia, después de 1992, fecha de la primera obra mía que editó Gedisa, *El mundo como representación. Estudios sobre la historia cultural* (que fue también la primera traducida al castellano). A partir de

V3X © gedisa

una serie de reflexiones metodológicas y diversos estudios de caso, dicho libro proponía un conjunto de conceptos que proporcionaba nuevos modelos de análisis capaces de superar los límites de las dos formas que dominaban la historia cultural: por un lado, la historia de las mentalidades tal como la definían las obras de Lucien Febvre o Robert Mandrou; por otro lado, una historia cuantitativa que seguía los métodos estadísticos de la historia económica y social. Las nociones de *representación*, *prácticas* y *apropiación* que se encuentran en mi libro de 1992 proponían una aproximación que hacía hincapié en los usos particulares más que en las distribuciones estadísticas. En este sentido, llamaba la atención sobre los gestos y comportamientos y no sólo sobre las ideas y los discursos, y consideraba las representaciones (individuales o colectivas, puramente mentales, textuales o iconográficas) no como simples reflejos verdaderos o mentirosos de la realidad, sino como entidades que van construyendo las divisiones mismas del mundo social. Tal propuesta aseguró una presencia más fuerte en el mundo intelectual español y latinoamericano de autores como Norbert Elias, Pierre Bourdieu, Louis Marin o Michel de Certeau. Pese a

V3X © gedisa

sus debilidades, el libro encontró una cálida y duradera recepción y siempre me emociono cuando, después de una conferencia o un seminario dictado en España o en un país de Latinoamérica, un joven estudiante, apenas nacido en 1992, me pide que firme su ejemplar del libro.

Dos años después del *Mundo como representación*, en 1994, salió un segundo libro publicado por Gedisa. Es también una obra muy importante para mí por que fue el ensayo con el cual empecé a definir el campo de trabajo que es todavía el mío hoy en día. En *El orden de los libros* traté de vincular varias aproximaciones hasta entonces separadas: la crítica textual, la historia del libro y la sociología histórica de la cultura. En él planteaba algunas cuestiones que siguen acompañándome: entre ellas, las modalidades históricas de la construcción de la figura del autor y el papel de las varias maneras de leer en el proceso que da sentido a los textos, o bien la diferencia entre las bibliotecas de piedra y las bibliotecas de papel (cuando la palabra designa una colección impresa), una diferencia que ilustra la tensión entre el deseo de universalidad que conduce al sueño de una biblioteca que abarque todos los libros que fueron escritos

V3X © gedisa

(o, con Borges, que podrían serlo), y que requiere –frente al temor del exceso– elecciones y selecciones, multiplicándose así los extractos y antologías.

La brevedad del *Orden de los libros* ayudó sin duda a su circulación: fue traducido a siete lenguas. La edición de Gedisa se abre con un prólogo de Ricardo García Cárcel que contextualiza mi trabajo dentro del marco de la historiografía española de los años ochenta y noventa, un período impresionante en cuanto al desarrollo de los trabajos dedicados a la historia del libro y la cultura escrita en la península. Estoy particularmente orgulloso de haber participado en esta corriente de estudios situados en el entrecruzamiento de la herencia de los *Annales* y la tradición filológica española, de la historia social y la crítica textual. El diálogo con los historiadores españoles –cuya acogida fue tan generosa y amistosa– me inspiró el imprudente deseo de empezar a escribir sobre libros y autores del Siglo de Oro y así, como *outsider*, entrar en la amplia familia de los «hispanistas».

Sin embargo, el tercer libro mío que apareció en el catálogo de Gedisa se remite a otra competencia: la de historiador de la Francia del Antiguo Régimen. Aprovechando –o siguiendo las sugerencias del Bi-

V3X © gedisa

centenario– escribí un ensayo sobre los orígenes culturales de la Revolución francesa que proponía una reflexión no sobre las causas de la Revolución, que son económicas, sociales y políticas, sino sobre las rupturas brutales o las lentas transformaciones que hicieron pensable, deseable y comprensible tal evento. El título de la traducción castellana, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, hace mi proyecto más inmediatamente visible que el francés al subrayar tres mutaciones esenciales: la constitución de un espacio político sustraído al control de la autoridad monárquica, el ejercicio de la crítica contra las autoridades y la crisis de los compromisos cristianos. El libro fue criticado por ser *idealista*, ya que no se dedicaba a los fenómenos sociales que produjeron las rupturas de 1789, o por ser excesivamente sociológico, ya que no hacía hincapié en las ideas y doctrinas ilustradas que fueron las matrices de la política revolucionaria. Si bien entiendo tales críticas, mi proyecto era diferente, pues en él trataba de identificar en la larga duración, incluso antes del siglo XVIII, la distancia tomada en relación con las creencias y autoridades que fundamentaban el antiguo orden, entre ellas la sacralidad del rey, la estructura

V3X © gedisa

estamental del mundo social o los dogmas y mandamientos del catolicismo. Lo que intenté fue vincular dichas mutaciones culturales profundas, que socavaron las antiguas certidumbres, con las prácticas inmediatas, y a menudo no discursivas, que debilitaron tan fuertemente el orden tradicional, tanto que unas pocas semanas fueron suficientes para derrumbarlo en el verano de 1789.

Si bien los historiadores fueron siempre los peores profetas, sí pueden ayudar sin embargo a comprender las herencias acumuladas que hicieron de nosotros lo que hoy somos. Es esta certidumbre la que fundamentó otro libro mío que Gedisa publicó en el año 2000 bajo el título de *Las revoluciones de la cultura escrita*. La serie de ensayos y diálogos reunidos en él respondía a un esfuerzo por situar las mutaciones que impone la entrada en la cultura digital en una historia de larga duración de la cultura escrita. Se trataba entonces de reflexionar sobre los momentos históricos que plasmaron la definición del libro y las prácticas de lectura que son todavía las nuestras, así como las rupturas que las transforman hoy en día. *Las revoluciones de la cultura escrita* es un libro impreso que se dedica a la textualidad electrónica y que

V3X © gedisa

transcribe conferencias y entrevistas. Esta triple identidad me parece emblemática de los retos del presente, pues constata una nueva definición de los papeles de las antiguas formas de la comunicación (palabra viva, escritura de mano, publicación impresa), requerida por la importancia cada día más fuerte de una nueva modalidad de composición, transmisión y apropiación de lo escrito (y también de las imágenes, de la palabra y de la música). La invención de la escritura en el mundo de la oralidad, la aparición del codex en el mundo de los rollos o la difusión de la imprenta en el mundo del manuscrito obligaron a comparables, si no idénticas, reorganizaciones de las prácticas culturales. Recordarlo no significa que la historia se repita, sino remarcar que ésta puede procurar conocimientos y ayudar a la comprensión crítica de las innovaciones del presente, las cuales, a su vez, nos seducen e inquietan. Me parece que es esta certidumbre la que comparto con Gedisa, que otra vez acoge un ensayo mío.

Al proponerme presentar las transformaciones que ha atravesado en estos últimos treinta años la disciplina a la que pertenezco, la historia, el proyecto Visión 3X de Gedisa me da la posibilidad de continuar con una reflexión que comencé en un libro publicado en 1998, donde trataba de responder a un interrogante que por entonces obsesionaba a los historiadores: el de una supuesta «crisis de la historia».[1]

La historia, entre relato y conocimiento

Tal vez sea conveniente recordar los dos interrogantes formulados en ese texto a fin de comprender

1. Roger Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998.

VEX © gedisa

mejor la novedad de las cuestiones que habitan en nuestro presente. El primero derivaba directamente de la evidenciación de las dimensiones retórica y narrativa de la historia, designadas con agudeza en tres obras fundacionales publicadas entre 1971 y 1975: *Comment on écrit l'histoire*, de Paul Veyne (1971), *Metahistory*, de Hayden White (1973), y *l'Écriture de l'histoire*, de Michel de Certeau (1975). Veyne, al afirmar que la historia «es, ante todo, un relato y lo que llamamos explicación no es más que la forma que tiene la narración de organizarse en una trama comprensible»,[2] Hayden White, al identificar «las profundas formas estructurales de la imaginación histórica» con las cuatro figuras de la retórica y la poética clásica, es decir la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía,[3] y de Certeau, al sostener que «el discurso *histórico*, en sí mismo, pretende dar un contenido verdadero (que depende

2. Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, Éditions du Seuil, 1971, pág. 67. [Trad. cast.: *Cómo se escribe la historia: ensayo de epistemología*, Madrid, Fragua, 1972.]
3. Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1973, pág. IX.

V3X © gedisa

de la verificabilidad), pero bajo la forma de una narración»,[4] obligaban a los historiadores a abandonar la certidumbre de una coincidencia total entre el pasado tal como fue y la explicación histórica que lo sustenta.

Esa interpelación suscitó una profunda preocupación ya que, durante mucho tiempo, la historia había soslayado su pertenencia a la clase de los relatos y había borrado las figuras propias de su escritura, reivindicando su cientificismo. Así se trate de una recopilación de ejemplos a la manera antigua, o que se ofrezca como conocimiento de sí misma en la tradición historicista y romántica alemana, o se proclame «científica», la historia no podía sino rechazar pensarse como un relato y como una escritura. La narración no podía tener una condición propia pues, según los casos, estaba sometida a las disposiciones y a las figuras del arte retórico, es decir, era considerada como el lugar donde se desplegaba el sentido de los hechos mismos, o era percibida como un obstáculo

4. Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975, pág. 110. [Trad. cast.: *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993, pág. 109.]

V3X © gulias

importante para un conocimiento verdadero.[5] Sólo el cuestionamiento de esa epistemología de la coincidencia y la toma de conciencia sobre la brecha existente entre el pasado y su representación, entre lo que fue y lo que no es más, y las construcciones narrativas que se proponen ocupar el lugar de ese pasado, permitieron el desarrollo de una reflexión sobre la historia entendida como una escritura siempre construida a partir de figuras retóricas y de estructuras narrativas que también son las de la ficción.

— De ahí deriva la cuestión principal en que se basó el diagnóstico de una posible «crisis de la historia» en los años 1980 y 1990 del siglo pasado. Si la historia como disciplina de saber comparte sus fórmulas con la escritura de imaginación, ¿es posible seguir asignándole un régimen específico de conocimiento? ¿La «verdad» que produce es diferente de la que producen el mito y la literatura? Se sabe que ésa es la posición muchas veces reafirmada de Hayden White, para quien el conocimiento que propone el discurso histórico, puesto

5. François Hartog, «L'art du récit historique», en *Passés recomposés. Champs et chantiers de l'histoire*, bajo la dirección de Jean Boutier y Dominique Julia, París, Éditions Autrement, 1994, págs. 184-193.

V3X © gedisa

que es «una forma de operación para hacer ficción», es del mismo orden que el que dan del mundo o del pasado los discursos del mito y de la ficción. Se sabe, asimismo, que contra esa disolución de la condición propia del conocimiento histórico se ha reafirmado con fuerza la capacidad de saber crítico de la disciplina, apoyada en sus técnicas y operaciones específicas. En su resistencia tenaz a la «máquina de guerra escéptica» posmodernista del «giro linguístico» o del «giro retórico», Carlo Ginzburg recordó varias veces que, en la posteridad de la retórica aristotélica, prueba y retórica no son antinómicas, sino que están indisociablemente ligadas y que, por otra parte, desde el Renacimiento la historia ha sabido elaborar las técnicas eruditas que permiten separar lo verdadero de lo falso. De ahí su firme conclusión: reconocer las dimensiones retórica o narrativa de la escritura de la historia no implica de ningún modo negarle su condición de un conocimiento verdadero, construido a partir de pruebas y de controles. Por ello, «el conocimiento (incluso el conocimiento histórico) es posible».[6]

6. Carlo Ginzburg, *History, Rhetoric, and Proof*, The Menahem Stern Jerusalem Lectures, Haover y Londres, University Press of New England, 1999, pág. 25.

VEX © gedisa

Todos los intentos de refundación epistemológica del régimen propio de cientificidad de la historia, distinguido, a su vez, de las verdades de la ficción y del lenguaje matemático de las ciencias de la naturaleza, compartieron esa afirmación. Diferentes propuestas marcaron esa búsqueda: la vuelta a un paradigma alternativo, designado por Carlo Ginzburg como «indiciario», porque funda el conocimiento en la recolección y la interpretación de las huellas y no en el procesamiento estadístico de los datos,[7] o bien la definición de un concepto de objetividad capaz de articular la selección entre las afirmaciones admisibles y las que no lo son, con la legítima pluralidad de las interpretaciones[8] o, más recientemente, las reflexiones en torno a modelos teóricos y operaciones cognitivas que permitan establecer un saber generalizable a partir de estudios de caso, microhistorias o es-

7. Carlo Ginzburg, «Spie. Radici di un paradima indiziario», en *Crisi della ragione. Nuovi modelli nell rapporto tra spare e attività umane*, Aldo Gargani (ed.), Turin, Einaudi, 1979, págs. 56-106.

8. Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History*, Nueva York y Londres, W.W. Norton and Company, 1994, pág. 283. [Trad. cast.: *La verdad sobre la historia*, Barcelona, Andrés Bello, 1998.]

V3X © gedisa

tudios comparativos.[9] Todas estas perspectivas, por más diferentes que sean, se inscriben en una intención de verdad que es constitutiva del propio discurso histórico.

— Dichas perspectivas han permitido calmar las preocupaciones de los historiadores, cuyas certidumbres resultaron sumamente conmocionadas por la evidenciación de la paradoja inherente a su trabajo pues, como dijo Michel de Certeau, «la *historiografía* (es decir «historia» y «escritura») lleva inscrita en su nombre propio la paradoja –y casi el oxímoron– de relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso».[10] Reconocer esa paradoja conduce a repensar oposiciones formuladas demasiado bruscamente entre la historia como discurso y la historia como saber. Con Reinhart Koselleck,[11] de Certeau ha sido, sin

9. *Penser par cas*, bajo la dirección de Jean-Claude Passeron y Jacques Revel, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Enquête, 2005, y el dossier «Formes de la généralisation», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 2007, págs. 5-157.
10. Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, op. cit., p. 5.
11. Reinhart Koselleck, «Erfahrungswandel und Methodewechsel. Eine historische historisch-anthropologische Skizze», en *Historische Methode*, C. Meier y J. Rüsen (eds.), Múnich, 1998, págs. 13-61.

V3X © gedisa

duda, el historiador más atento a las propiedades formales del discurso histórico, colocado y diferenciado dentro de la clase de los relatos. Ha demostrado cómo la escritura de la historia, que supone el orden cronológico, el cierre del texto y el relleno de los intersticios, invierte el proceder de la investigación, que parte del presente, que podría no tener fin y que se confronta sin cesar a las lagunas de la documentación. Ha demostrado también que, a diferencia de otros relatos, la escritura de la historia está desdoblada, hojeada, fragmentada: «se plantea como historiográfico el discurso que "comprende" a su otro –la crónica, el archivo, el documento–, es decir el que se organiza *foliado,* en el cual una mitad, continua, se apoya sobre otra, diseminada, para poder decir lo que significa la otra sin saberlo. Por las "citas", por las referencias, por las notas y por todo el aparato de remisiones permanentes a un primer lenguaje, el discurso se establece como *saber del otro*».[12] La historia como escritura desdoblada tiene entonces la triple tarea de convocar el pasado, que ya no está en un dis-

12. Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire,* op. cit., pág. 111 (pág. 110 de la versión española).

VEX © gedisa

curso en presente, mostrar las competencias del historiador, dueño de las fuentes, y convencer al lector: «Vista desde este ángulo, la estructura desdoblada del discurso funciona como una máquina que obtiene de la cita una verosimilitud para el relato y una convalidación del saber; produce, pues, la confiablidad».[13]

¿Esto significa, entonces, que no hay ahí más que un teatro de la erudición que de ningún modo da a la historia la posibilidad de producir un conocimiento adecuado del pasado? No era ésa la posición de Michel de Certeau que, en un libro dedicado a caracterizar las propiedades específicas de la escritura de la historia, recuerda con rotundidad la dimensión de conocimiento de la disciplina. Para él, la historia es un discurso que produce enunciados «científicos», si se define con este término «la posibilidad de establecer un conjunto de *reglas* que permitan "controlar" operaciones proporcionadas a la producción de objetos determinados».[14] Todas las palabras de esta cita son importantes: «producción

13. Ídem.
14. Ibíd., nota 5, pág. 64.

TU BIBLIOGRAFÍA - BIBLIOTECA VIRTUAL
Difusión gratuita.
La fotocopia no mata al libro, el mercado sí.

VaX © gedisa

de objetos determinados» remite a la construcción del objeto histórico por el historiador, ya que el pasado nunca es un objeto que ya está allí; «operaciones» designa las prácticas propias de la tarea del historiador (recorte y procesamiento de las fuentes, movilización de técnicas de análisis específicas, construcción de hipótesis, procedimientos de verificación); «reglas» y «controles» inscriben la historia en un régimen de saber compartido, definido por criterios de prueba dotados de una validez universal. Como en Ginzburg (y, tal vez, más de lo que él mismo piense, ya que él colocaría a de Certeau en el campo de los escépticos), se hallan asociados, y no opuestos, conocimiento y relato, prueba y retórica, saber crítico y narración.

La institución histórica

En 1999, otro interrogante se refería a la propia «institución histórica», es decir, a los efectos en la práctica de los historiadores del lugar social donde se ejerce su actividad. Como dice de Certeau: «Antes de saber lo que la historia *dice* de una sociedad,

V3X © gedisa

nos importa analizar cómo funciona ella misma. Esta institución se inscribe en un completo que le *permite* solamente un tipo de producciones y le *prohíbe* otras. Así procede la doble función del lugar. Vuelve posibles algunas investigaciones, gracias a coyunturas y problemas comunes. Pero a otras las vuelve *imposibles*; excluye del discurso lo que constituye su condición en un momento dado; desempeña el papel de una censura en lo referente a los postulados presentes (sociales, económicos, políticos) del análisis».[15] Esta observación podía comprenderse, en primer lugar, en los términos de la historia de la historia e identificar, en la muy larga duración, los lugares sociales sucesivos en los que se ha producido un discurso de historia: la ciudad, desde Grecia hasta las ciudades del Renacimiento italiano, el monasterio y la gloria de Dios, la corte y el servicio del príncipe en la era de los absolutismos, las redes eruditas y las academias de sabios, las universidades a partir del siglo XIX. Cada uno de estos lugares impone a la historia no sólo objetos propios, sino también modalidades del trabajo intelectual, formas de

15. Ibíd., pág. 78 (pág. 81 de la versión española).

© gedisa

escritura, técnicas de prueba y de persuasión. Un buen ejemplo de ello es, entre los siglos XVI y XVIII, el contraste entre la historia de los historiógrafos de los príncipes y la historia de los eruditos anticuarios.[16] La primera, la de los historiógrafos oficiales, está organizada con la forma de un relato dinástico que narra la historia de los reyes y de la nación, identificados el uno con la otra, y moviliza las figuras de la retórica para que, como subraya Louis Marin, «lo que no es representado en el relato y por el narrador, lo sea en la lectura por el narratario, como efecto del relato».[17] La segunda historia, la de los eruditos, procede por fragmentos, se apoya en investigaciones eruditas (documentales, arqueológicas, numismáticas, filológicas) y se aboca a los usos y costumbres humanas. Si bien no debe forzarse la oposición, ya que, incluso en tiempo de Luis XIV, hay cruces entre historia del rey y erudición, ésta ha fundado, hasta hoy, la coexistencia o la competencia

16. Roger Chartier, «L'écriture de l'histoire à l'âge de l'absolutisme», en *De la littérature française*, bajo la dirección de Denis Hollier, París, Bordas, 1993, págs. 332-337.
17. Louis Marin, *Le Portrait du roi*, París, Les Éditions de Minuit, pág. 95.

V3X © gedisa

entre las historias generales, sean nacionales o universales, y los trabajos históricos dedicados al estudio de objetos en concreto (un territorio, una institución, una sociedad).

En cada momento la «institución histórica» se organiza según jerarquías y convenciones que trazan las fronteras entre los objetos históricos legítimos y los que no lo son y, por lo tanto, son excluidos o censurados. Es tentador traducir en el léxico de la sociología de Pierre Bourdieu, sustituyendo el término de escritor por el de «historiador», esas determinaciones que rigen el «campo» de la producción histórica y considerar como fundamentales las competencias donde lo que está en juego es «el monopolio de poder decir quién está autorizado a llamarse historiador o incluso a decir quién es historiador y quién tiene autoridad para decir quién es historiador».[18] En un mundo social como el del *Homo academicus*, donde la pertenencia y la jerarquía están reguladas por la obtención de títulos académicos, ese poder de designación se ha ejercido a expensas de los *outsiders* (pen-

18. Pierre Bourdieu, «Le champ littéraire», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 89, 1991, págs. 4-46 (la cita es de la pág. 13).

V3X © gedisa

semos en el caso de Philippe Ariès, que fue dejado largo tiempo al margen de la «institución histórica» francesa porque no era universitario) y ha gobernado tenazmente la distribución de la autoridad, las formas de la división del trabajo, la dignidad o la marginalidad de los temas de investigación y los criterios de apreciación o de desvaloración de las obras, lo que de Certeau llama, no sin una chirriante ironía, las «*leyes* del medio».

— La identificación de esas restricciones incorporadas colectivamente y siempre ocultadas en el discurso histórico que borra las condiciones de su fabricación, debe reemplazar las razones alegadas, de Raymond Aron a Paul Veyne, para mostrar, alabar, o denunciar el carácter subjetivo de la historia, a saber, los prejuicios y las curiosidades del historiador. Las determinaciones que rigen la escritura de la historia remiten más fundamentalmente a las prácticas determinadas por las «instituciones técnicas de la disciplina», que distribuyen, de manera variable según la época y el lugar, la jerarquía de los temas, las fuentes y las obras. Por ello, esa identificación de ningún modo implica quitar su capacidad de conocimiento al saber histórico producido bajo las condiciones de

V3X © gedisa

esas determinaciones. En efecto, la nueva historia de las ciencias (la de Simon Schaffer, Steven Shapin, Mario Biagioli o Lorraine Daston) nos ha enseñado que no era contradictorio relacionar los enunciados científicos con las condiciones históricas de su posibilidad (sean políticas, retóricas o epistemológicas) y, al mismo tiempo, considerar que producían operaciones de conocimiento, sometidas a técnicas de saber, criterios de validación o regímenes de prueba. Como disciplina «científica», la historia es susceptible de un enfoque similar que no disuelva el conocimiento en la historicidad, cerrando la vía a un relativismo escéptico, pero que también reconoce las variaciones de los procedimientos y las restricciones que rigen la operación histórica. La historia de la historia, al igual que la historia de las ciencias, ha sufrido durante demasiado tiempo la oposición estéril entre un enfoque de la historia de las ideas, ligada exclusivamente a las teorías de la historia y a las categorías intelectuales aplicadas por las historiadores, y un enfoque, definido (o estigmatizado) como sociológico, atento a los espacios sociales de la producción del saber histórico, sus instrumentos, sus convenciones y sus técnicas. La epistemología histórica por la

V3X © gedisa

cual aboga Lorraine Daston[19] no se aplica sólo a las prácticas y a los regímenes de racionalidad de los saberes que han tenido o tienen a la naturaleza por objeto. Promete una visión más sutil de los que se aboquen a representar el pasado adecuadamente.

Las relaciones en el pasado. Historia y memoria

Actualmente, sin duda más que en 1998, los historiadores saben que el conocimiento que producen no es más que una de las modalidades de la relación que las sociedades mantienen con el pasado. Las obras de ficción, al menos algunas de ellas, y la memoria, sea colectiva o individual, también dan una presencia al pasado, a veces o a menudo más poderosa que la que establecen los libros de historia. Por ello, lo que se debe analizar en primer lugar son esas competencias.

19. Lorraine Daston, «Une histoire de l'objectivité scientifique», en *Des sciences et des techniques: un débat*, bajo la dirección de Roger Guesnerie y François Hartog, París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Cahier des Annales, 1998, págs. 115-126.

V3X © gedisa

Gracias al gran libro de Paul Ricoeur, *Mémoire, histoire, oubli*, las diferencias entre historia y memoria pueden trazarse con claridad.[20] La primera es la que distingue el testimonio del documento. Si el primero es inseparable del testigo y supone que sus dichos se consideren admisibles, el segundo da acceso a «acontecimientos que se consideran históricos y que nunca han sido el recuerdo de nadie». Al testimonio, cuyo crédito se basa en la confianza otorgada al testigo, se opone la naturaleza indiciaria del documento. La aceptación (o el rechazo) de la credibilidad de la palabra que testimonia el hecho es reemplazada por el ejercicio crítico, que somete al régimen de lo verdadero y de lo falso, de lo refutable y lo verificable, a las huellas del pasado.

Una segunda diferencia opone la inmediatez de la reminiscencia a la construcción de la explicación histórica, sea explicación por las regularidades y las causalidades (desconocidas por los actores) o explicación por sus razones (movilizadas como estrategias explícitas). Para poner a prueba las modalidades de

20. Paul Ricœur, *Mémoire, histoire, oubli*, París, Éditions du Seuil, 2000. [Trad. cast.: *La memoria, la historia, el olvido*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.]

V3X © gallas

la comprensión historiadora, Ricœur optó por privilegiar la noción de representación, por dos razones. Por un lado, ésta tiene una doble condición ambigua en la operación historiográfica: designa una clase de objetos en particular, definiendo a la vez el régimen mismo de los enunciados históricos. Por otro lado, la atención que presta a la representación, como objeto y como operación, permite retomar la reflexión sobre las variaciones de escala que ha caracterizado el trabajo de los historiadores a partir de las propuestas de la microhistoria[21] y, más recientemente, de las diferentes formas de vuelta a una historia global.

Una tercera diferencia entre historia y memoria opone reconocimiento del pasado y representación del pasado. A la inmediata fidelidad (o supuesta fidelidad) de la memoria se opone la intención de verdad de la historia, basada en el procesamiento de los documentos, que son huellas del pasado, y en los modelos de inteligibilidad que construyen su interpretación. Y sin embargo, dice Ricœur, la forma li-

21. *Jeux d'échelle. La microanalyse à l'épreuve*, bajo la dirección de Jacques Revel, París, Gallimard/Seuil, 1996.

V3X © gedisa

teraria, en cada una de sus modalidades (estructuras narrativas, figuras retóricas, imágenes y metáforas), opone una resistencia a lo que él designa como «la pulsión referencial del relato histórico».[22] La función de «*representancia*» de la historia (definida como «la capacidad del discurso histórico para representar el pasado»)[23] es constantemente cuestionada, sospechada, por la distancia introducida necesariamente entre el pasado representado y las formas discursivas necesarias para su representación. Entonces, ¿cómo acreditar la representación histórica del pasado?

Ricœur propone dos respuestas. La primera, de orden epistemológico, insiste en la necesidad de distinguir claramente y articular las tres «fases» de la operación historiográfica: el establecimiento de la prueba documental, la construcción de la explicación y la puesta en forma literaria. La segunda respuesta es menos familiar para los historiadores. Remite a la certidumbre de la existencia del pasado tal como la garantiza el testimonio de la memoria. En efecto, ésta debe ser considerada como «matriz de histo-

22. Paul Ricœur, *Mémoire, histoire, oubli*, op. cit., pág. 306.
23. Ídem.

V3X © gedisa

ria, en la medida en que es la guardiana de la problemática de la relación representativa del presente con el pasado».[24] No se trata de reivindicar la memoria contra la historia, a la manera de algunos escritores del siglo XIX, sino de mostrar que el testimonio de la memoria es el garante de la existencia de un pasado que ha sido y no es más. El discurso histórico encuentra allí la certificación inmediata y evidente de la referencialidad de su objeto. Incluso acercadas de esa manera, la memoria y la historia siguen siendo inconmensurables. La epistemología de la verdad que rige la operación historiográfica y el régimen de la creencia que gobierna la fidelidad de la memoria son irreductibles, y ninguna prioridad, ni superioridad, puede darse a una a expensas de la otra.

Por cierto, entre historia y memoria las relaciones son claras. El saber histórico puede contribuir a disipar las ilusiones o los desconocimientos que durante largo tiempo han desorientado a las memorias colectivas. Y al revés, las ceremonias de rememoración y la institucionalización de los lugares de memoria

24. Ibíd., pág. 106.

V3X © gedisa

han dado origen a menudo a investigaciones históricas originales. Pero no por ello memoria e historia son identificables. La primera es conducida por las exigencias existenciales de las comunidades para las que la presencia del pasado en el presente es un elemento esencial de la construcción de su ser colectivo. La segunda se inscribe en el orden de un saber universalmente aceptable, «científico», en el sentido de Michel de Certeau.

Las relaciones en el pasado. Historia y ficción

Entre historia y ficción, la distinción parece clara y zanjada si se acepta que, en todas sus formas (míticas, literarias, metafóricas), la ficción es «un discurso que "informa" de lo real, pero no pretende representarlo ni acreditarse en él», mientras que la historia pretende dar una representación adecuada de la realidad que fue y ya no es. En ese sentido, lo real es a la vez el objeto y el garante del discurso de la historia. Sin embargo, hoy en día muchas razones difuminan esa distinción tan clara. La primera es la evidenciación de la fuerza de las representaciones del

V3X © gredos

pasado propuestas por la literatura. La noción de «energía», que tiene un papel esencial en la perspectiva analítica del *New Historicism*, puede ayudar a comprender cómo algunas obras literarias han moldeado más poderosamente que los escritos de los historiadores las representaciones colectivas del pasado.[25] El teatro, en los siglos XVI y XVII, y la novela, en el siglo XIX, se apoderaron del pasado, desplazando al registro de la ficción literaria hechos y personajes históricos, y poniendo en el escenario o en la página situaciones que fueron reales o que son presentadas como tales. Cuando las obras están habitadas por una fuerza en concreto, adquieren la capacidad de «producir, moldear y organizar la experiencia colectiva mental y física»—[26] y entre esas experiencias se cuenta el encuentro con el pasado.

A título de ejemplo, veamos las *histories* o piezas históricas de Shakespeare. En el folio de 1623, que reúne por primera vez, siete años después de la muerte de Shakespeare, treinta y seis de sus obras,

25. Steven Greenblatt, *Shakespearean Negotiations. The Circulation of Social Energy in Renaissance England*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1988, págs. 1-20.
26. Ibíd., pág. 6.

VEX © gedisa

la categoría de *histories*, ubicada entre las *comedies* y las *tragedies*, reúne diez obras que, siguiendo el orden cronológico de los reinados, cuenta la historia de Inglaterra desde el rey Juan hasta Enrique VIII, lo que excluía de la categoría otras *histories*, las de los héroes romanos o príncipes daneses o escoceses, ubicadas en la categoría de las *tragedies*. Los editores de 1623 transformaron en una historia dramática y continua de la monarquía inglesa obras escritas en un orden que no era el de los reinados, sino que se cuentan entre las obras más representadas y más publicadas antes del folio de 1623. De modo que es seguro que, como declara Hamlet (*Hamlet*, II, 2), los actores «son el compendio y la crónica del mundo» y que las obras históricas moldearon, para sus espectadores y lectores, representaciones del pasado más vivaces y más efectivas que la historia escrita en las crónicas que utilizaban los dramaturgos.

Esta historia representada en los escenarios de los teatros es una historia recompuesta, sometida a las exigencias de la censura, como demuestra la ausencia de la escena de la abdicación de Ricardo II en las tres primeras ediciones de la obra, y está muy abierta a los anacronismos. Así, en su puesta en escena de

VaX © gedisa

la revuelta de Jack Cade y sus artesanos de Kent en 1450, como aparece en la segunda parte de *Enrique VI*, Shakespeare reinterpreta el hecho atribuyendo a los rebeldes de 1450 un lenguajes milenarista e igualitario y acciones violentas, destructivas de todas las formas de la cultura escrita y de todos los que la encarnan, que los cronistas asociaban, con una menor radicalidad, por lo demás, con la revuelta de Tyler y Straw de 1381. El resultado es una representación ambivalente o contradictoria de la revuelta de 1450 que recapitula las fórmulas y los gestos de las revueltas populares, al mismo tiempo que deja ver la figura carnavalesca, grotesca y cruel de una imposible edad de oro: la de un mundo al revés, sin escritura, sin moneda, sin diferencias.[27] De modo que la historia de las *histories* se basa en la distorsión de las realidades históricas narradas por los cronistas y propone a los espectadores una representación ambigua del pasado, habitada por la confusión, la incertidumbre y la contradicción.

27. Roger Chartier, «Jack Cade, the Skin of a Dead Lamb, and the Hatred for Writing», *Shakespeare Studies*, vol. XXXIV, 2006, págs. 77-89.

V3X © gedisa

Una segunda razón que hace vacilar la distinción entre historia y ficción reside en el hecho de que la literatura se apodera no sólo del pasado, sino también de los documentos y de las técnicas encargados de manifestar la condición de conocimiento de la disciplina histórica. Entre los dispositivos de la ficción que socavan la intención o la pretensión de verdad de la historia, capturando sus técnicas de prueba, se debe hacer lugar al «efecto de realidad» definido por Roland Barthes como una de las principales modalidades de la «ilusión referencial».[28] En la estética clásica, la categoría de lo «verosímil» aseguraba el parentesco entre el relato histórico y las historias fingidas ya que, según la definición del *Dictionnaire* de Furetière, en 1690 la historia es «descripción, narración de las cosas, o de las acciones como han ocurrido o como podían ocurrir». De modo que el tiempo designa, en conjunto, «la narración continua y encadenada de varios hechos memorables que sucedieron

28. Roland Barthes, «L'effet de réel» [1968], en Roland Barthes, *Le Bruissement de la langue. Essais critiques IV*, París, Éditions du Seuil, 1984, págs. 153-174. [Trad. cast.: «El efecto de realidad», en *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1994.]

V3X © gralia

en una o en varias naciones, o en uno o en varios siglos» y «las narraciones fabuladas pero verosímiles, que son fingidas por un autor». De manera que la división no es entre la historia y la fábula, sino entre los relatos verosímiles, así se refieran a lo real o no, y los que no lo son. Así entendida, la historia está radicalmente separada de las exigencias críticas propias de la erudición y despegada de la referencia a la realidad como garante de su discurso.

Al abandonar lo verosímil, la fábula fortaleció más su relación con la historia, multiplicando las notaciones concretas destinadas a cargar a la ficción de un peso de realidad y a producir una ilusión referencial. Para contrastar ese efecto literario, necesario para toda forma de estética realista, con la historia, Barthes dice que, para ésta, «el haber estado ahí de de las cosas es un principio suficiente de la palabra». Sin embargo, ese «haber estado ahí», ese «real concreto», que es el garante de la verdad de la historia, debe ser introducido en el discurso mismo para acreditarlo como conocimiento auténtico. Ése es el papel, como observaba de Certeau, de las citas, las referencias, los documentos que convocan el pasado en la escritura del historiador, demostrando también su autoridad.

V3X © gedisa

De ahí la apropiación, por algunas ficciones, de las técnicas de la prueba propias de la historia, a fin de producir, no «efectos de realidad», sino más bien la ilusión de un discurso histórico. Junto con las biografías imaginarias de Marcel Schwob o los textos apócrifos de Borges, como aparecen en el apéndice «Etcétera» de la *Historia universal de la infamia* o en la sección «Museo» de *El Hacedor*, se puede ubicar el *Jusep Torres Campalans* publicado por Max Aub en la ciudad de México, en 1958.[29] El libro pone al servicio de la biografía de un pintor imaginario todas las técnicas de la acreditación moderna del discurso histórico: las fotografías que dejan ver a los padres del artista y a éste en compañía de su amigo Picasso, las reproducciones de sus obras (expuestas, por cierto, en Nueva York, en 1962, con ocasión de la presentación de la traducción inglesa del libro), los recortes de la prensa donde se menciona, las entrevistas que Aub tuvo con él y algunos de sus contemporáneos, el *Cuaderno verde* redactado por Campalans entre 1906 y 1914, etcétera.

29. Max Aub, *Jusep Torres Campalans* [1958], reedición, Barcelona, Destino, 1999.

V3X © gedisa

La obra apunta a los géneros y las categorías que privilegia la crítica de arte: la explicación de la obra por la biografía, las nociones contradictorias y sin embargo asociadas de influencia y de precursor, las técnicas de la atribución, el desciframiento de intenciones secretas, etcétera. Hoy en día, esa obra tal vez se lea de otra manera. Al movilizar los «efectos de realidad» que comparten el saber histórico y la invención literaria, muestra los parentescos que los vinculan. Pero, al multiplicar las advertencias irónicas (en particular, las numerosas referencias al *Don Quijote* o el epígrafe «*¿Cómo puede haber verdad sin mentira*?»), recuerda a sus lectores la distancia que separa a la fábula del discurso de conocimiento, la realidad que fue y los referentes imaginarios. Por esa vía acompaña, de un modo paródico, la historia de las falsificaciones históricas, siempre posibles, siempre más sutiles, pero también desenmascaradas por el trabajo crítico.

Hay una última razón de la proximidad, seductora pero peligrosa, entre la historia como ejercicio de conocimiento y la ficción, sea literatura o mito. En el mundo contemporáneo, la necesidad de afirmación o de justificación de identidades construidas, o re-

V3X © gedisa

construidas, y que no son todas nacionales, suele inspirar una reescritura del pasado que deforma, olvida u oculta las aportaciones del saber histórico controlado.[30] Esa deriva, impulsada por reivindicaciones con frecuencia muy legítimas, justifica totalmente la reflexión epistemológica en torno a criterios de validación aplicables a la «operación historiográfica» en sus diferentes momentos. La capacidad crítica de la historia no se limita, en efecto, a la negación de las falsificaciones o las imposturas. Puede y debe someter a criterios objetivos de validación o de negación las construcciones interpretativas.

Si se asigna esa función a la historia, necesariamente se plantea la pregunta sobre los criterios de ese juicio. ¿Se los debe vincular a la coherencia interna de la demostración? ¿A su compatibilidad con los resultados logrados? Y, por otra parte, ¿es legítimo postular una pluralidad de regímenes de prueba de la historia que sería exigida por los diversos objetos y métodos históricos? ¿O debemos esforzarnos por elaborar una teoría de la objetividad que establezca

30. Eric Hobsbawn, «L'historien entre la quête d'universalité et la quête d'identité», *Diogène*, 168, octubre-diciembre de 1994, págs. 52-86.

VEX © gedisa

criterios generales que permitan distinguir entre interpretaciones aceptables o inaceptables? Estas cuestiones, que algunos historiadores consideran inútiles, conllevan un reto esencial. En una época en que nuestra relación con el pasado está amenazada por la fuerte tentación de crear historias imaginadas o imaginarias, la reflexión sobre las condiciones que permiten sostener un discurso histórico como una representación y una explicación adecuadas de la realidad que fue, es fundamental y urgente. Suponiendo en su principio la distancia entre saber crítico y reconocimiento inmediato, esa reflexión participa en el largo proceso de emancipación de la historia con respecto a la memoria y con respecto a la fábula, incluso verosímil.

De lo social a lo cultural

En estos últimos años, tal como demuestran las numerosas obras que se esfuerzan por delimitar los objetos y los métodos,[31] la historia cultural se ha vuelto

31. Lynn Hunt *The New Cultural History* (ed.), Berkeley, Los Ángeles, Londres, University of California Press, 1989; Peter

VSX © gotita

uno de los ámbitos más vigorosos y debatidos del ámbito histórico. Trazar sus límites no es empresa fácil. ¿Se debe hacer a partir de los objetos y las prácticas cuyo estudio sería lo propio de esta historia? Existe un gran riesgo de no poder trazar una frontera segura y clara entre la historia cultural y otras historias: la historia de las ideas, la historia de la literatura, la historia del arte, la historia de la educación, la historia de los medios de comunicación, la historia de las ciencias, etcétera. ¿Debemos por ello cambiar de perspectiva y considerar que toda historia, la que sea, económica o social, demográfica o política, es cultural, en la medida en que todos los gestos, todas las conductas, todos los fenómenos objetivamente mensurables siempre son el resultado de las significaciones que los individuos atribuyen a las cosas, a las palabras y a las acciones? Desde esa perspectiva, fundamentalmente antropológica, el riesgo

---

Burke, *Varieties of Cultural History*, Cambridge, Polity Press, 1997 [Trad. cast.: *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 2000]; Philippe Poirrier, *Les enjeux de l'histoire culturelle*, París, Éditions du Seuil, 2004; Pascal Ory, *L'histoire culturelle*, París, Presses Universitaires de France, 2004; y Justo Serna y Anaclet Pons, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal, 2005.

V3X © gedisa

es el de una definición imperialista de la categoría que, al identificarla con la historia misma, conduce a su disolución.

Esta dificultad halla su razón fundamental en las múltiples acepciones del término «cultura». Pueden distribuirse esquemáticamente entre dos familias de significados: la que designa las obras y los gestos que, en una sociedad dada, se sustraen a las urgencias de lo cotidiano y se someten a un juicio estético o intelectual; o la que apunta a las prácticas ordinarias a través de las cuales una sociedad o un individuo viven y reflexionan sobre su relación con el mundo, con los demás o con ellos mismos.

El primer orden de significados conduce a construir la historia de los textos, de las obras y de las prácticas culturales como una historia de dimensión doble. Es lo que propone Carl Schorske: «El historiador intenta ubicar e interpretar el artefacto temporalmente en un campo donde se intersectan dos líneas. Una línea es vertical, o diacrónica, y a través de ella establece la relación de un texto o sistema de pensamiento con expresiones previas en la misma rama de actividad cultural (pintura, política, etcétera). La otra es horizontal, o sincrónica, y a través de

V3X © gedisa

ella evalúa la relación del contenido del objeto intelectual con lo que aparece en otras ramas o aspectos de una cultura al mismo tiempo».[32] De modo que se trata de pensar cada producción cultural a la vez en la historia del género, de la disciplina o del campo donde se inscribe y en sus relaciones con las otras creaciones estéticas o intelectuales y las otras prácticas que le son contemporáneas.

La segunda familia de definiciones de la cultura se apoya en la acepción que la antropología simbólica da de la noción –y en particular Clifford Geertz–: «El concepto de cultura que sostengo [...] denota un patrón históricamente transmitido de significados expresados en símbolos, un sistema de concepciones heredadas expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento sobre la vida y sus actividades hacia ésta».[33] Así pues, la totali-

32. Carl Schorske, *Fin-de-siècle Vienna. Politics and Culture*, Nueva York, Cambridge University Press, 1979, págs. XXI-XXII. [Trad. cast.: *Fin de siglo*, Barcelona, Gustavo Gili, 1984.]
33. Clifford Geertz, *The Interpretation of Culture*, Basic Books, Nueva York, 1973, pág. 89. [Trad. cast.: *Interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1988.]

V3X © gedisa

dad de los lenguajes y las acciones simbólicas propios de una comunidad constituye su cultura. De ahí la atención que prestan los historiadores más inspirados por la antropología a las manifestaciones colectivas donde se enuncia de manera paroxística un sistema cultural: rituales de violencia, ritos de pasaje o fiestas carnavalescas.

Según sus diferentes herencias y tradiciones, la historia cultural ha privilegiado objetos, ámbitos y métodos diversos. Enumerarlos es una tarea imposible. Más pertinente es, sin duda, la identificación de algunas cuestiones comunes a esos enfoques tan distintos. La primera se relaciona con la necesaria articulación entre las obras singulares y las representaciones comunes o, dicho de otro modo, el proceso por el cual los lectores, los espectadores o los oyentes dan sentido a los textos (o a las imágenes) de los que se apropian. La pregunta se ha hecho eco, en reacción contra el estricto formalismo de la *Nueva crítica* o *New Criticism*, de todos los enfoques que se han propuesto pensar la producción del significado como construida en la relación entre los lectores y los textos. El proyecto adoptó diversas formas dentro de la crítica literaria, centrando la atención en la rela-

V3X © gedisa

ción dialógica entre las propuestas de las obras y las expectativas estéticas o las categorías interpretativas de sus públicos,[34] o en la interacción dinámica entre el texto y su lector, comprendida en una perspectiva fenomenológica,[35] o en las transacciones entre las obras mismas y los discursos o las prácticas ordinarias que son, a la vez, las matrices de la creación estética y las condiciones de su inteligibilidad.[36]

Enfoques similares han hecho que se alejen las lecturas estructuralistas o semióticas que relacionaban el sentido de las obras con el mero funcionamiento automático e impersonal del lenguaje pero, a su vez, se han vuelto el blanco de las críticas de la historia cultural. Por otro lado, la mayoría de las veces consideran los textos como si existieran en sí mismos, fuera de los objetos o las voces que los transmiten, mientras que una lectura cultural de las obras recuerda

34. Hans Robert Jauss, *Literaturgeschichte als Provokation*, Francfort del Meno, Suhrkamp Verlag, 1974. [Trad. cast.: *La historia de la literatura como provocación*, Barcelona, Península, 2000.]
35. Wolfgang Iser, *Der Akt des Lesens*, Múnich, Wilhelm Fink Verlag, 1976. [Trad. cast.: *El acto de leer*, Madrid, Taurus.]
36. Stephen Greenblatt, *Shakespearean Negotiations: The Circulation of Social Energy in Renaissance England*, op. cit.

V3X © gallica

que las formas que las dan a leer, a escuchar o a ver también participan en la construcción de su significado. De ahí la importancia que han recuperado las disciplinas abocadas a la descripción rigurosa de los objetos escritos que llevan los textos: paleografía, codicología o bibliografía.[37] De ahí también la atención prestada a la historicidad primera de los textos, la que les viene del cruce entre las categorías de asignación, designación y clasificación de los discursos propios de un tiempo y un lugar, y su materialidad, comprendida como la modalidad de su inscripción en la página o de su distribución en el objeto escrito.

Por otra parte, los enfoques que han considerado la lectura como una «recepción» o una «respuesta» han universalizado implícitamente el proceso de la lectura, considerándolo como un acto siempre similar cuyas circunstancias y modalidades concretas no importan. Contra ese «borrado» de la historicidad del lector, conviene recordar que la lectura también

37. D. F. McKenzie, *Bibliography and the sociology of texts*, The Panizzi Lectures 1985, Londres, The British Library, 1986, o Armando Petrucci, *Writers and Readers in Medieval Italy: Studies in the History of Written Culture*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1995.

V3X © gedisa

tiene una historia (y una sociología) y que el significado de los textos depende de las capacidades, las convenciones y las prácticas de lectura propias de las comunidades que constituyen, en la sincronía o la diacronía, sus diferentes públicos.[38] De modo que la «sociología de los textos», entendida a la manera de D. F. McKenzie, tiene como punto de partida el estudio de las modalidades de publicación, diseminación y apropiación de los textos, ya que considera el «mundo del texto» como un mundo de objetos y de *performances* y el «mundo del lector» como el de la «comunidad de interpretación»[39] a la cual pertenece y que es definida por un mismo conjunto de competencias, normas y usos. Apoyada en la tradición bibliográfica, la «sociología de los textos» hace hincapié en la materialidad del texto y la historicidad

38. Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Storia della lettura nel mondo occidentale*, Roma-Bari, Editori Laterza, 1995 [Trad. cast.: *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1997], y Fernando Bouza, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de lo siglos XVI y XVII*, Salamanca, Publicaciones del SEMYR, 1999.

39. Stanley Fish, *Is There a Text in This Class?: The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge, Mass., y Londres, Harvard University Press, 1980.

V3X © gedisa

del lector con una doble intención: identificar los efectos producidos en la condición, la clasificación y la percepción de las obras por las transformaciones de su forma manuscrita o impresa; mostrar que las modalidades propias de la publicación de los textos antes del siglo XVIII cuestionan la estabilidad y la pertinencia de las categorías que la crítica asocia a la literatura: las de «obra», «autor», «derechos de autor», «originalidad», etcétera.

Esta doble atención ha fundado la definición de ámbitos de investigación propios de un enfoque cultural de las obras (lo que no quiere decir específicos a tal o cual disciplina constituida): así, las variaciones históricas de los criterios que definen la «literatura»; las modalidades y los instrumentos de constitución de los repertorios canónicos; los efectos de las restricciones ejercidas en la creación por el mecenazgo, el patrocinio, la academia o el mercado; o incluso el análisis de los diversos actores (copistas, editores, libreros, impresores, correctores, tipógrafos) y las diferentes operaciones que participan en el proceso de publicación de los textos.

Para desplazar la frontera trazada entre las producciones y las prácticas más comunes de la cultura

VSX © gedisa

escrita y la literatura, considerada como un ámbito particular de creaciones y de experiencias, es necesario acercar lo que la tradición occidental ha alejado perdurablemente: por un lado, la comprensión y el comentario de las obras; y por otro, el análisis de las condiciones técnicas o sociales de su publicación, circulación y apropiación. Esta disociación tiene varias razones: la permanencia de la oposición entre la pureza de la idea y su inevitable corrupción por la materia, la definición de los derechos de autor, que establece la propiedad del autor sobre un texto considerado siempre idéntico a sí mismo, más allá de su forma de publicación, o incluso el triunfo de una estética que juzga las obras al margen de la materialidad de su soporte.

Paradójicamente, los dos enfoques críticos que han prestado atención con mayor continuidad a las modalidades materiales de inscripción de los discursos han fortalecido, y no menguado, ese proceso de abstracción textual. La bibliografía analítica ha movilizado el estudio riguroso de los diferentes estados de una misma obra (ediciones, programas, ejemplares) con el objeto de hallar un texto ideal, purificado de las alteraciones infligidas por el proceso de publi-

V3X © gedisa

cación y conforme al texto tal como fue escrito, dictado o soñado por su autor.[40] De ahí que, en una disciplina dedicada casi exclusivamente a la comparación de objetos impresos, prevalezca la obsesión por los manuscritos perdidos y la radical distinción entre la obra en su esencia y los accidentes que la han deformado o corrompido.

El enfoque deconstructivista propuesto por Jacques Derrida, en esos términos o no, ha insistido vehementemente en la materialidad de la escritura y las diferentes formas de inscripción del lenguaje. Pero, en su esfuerzo por abolir o desplazar las oposiciones más inmediatamente evidentes (entre oralidad y escritura, entre la singularidad de los actos de habla y la reproductibilidad de lo escrito), ha construido categorías conceptuales («arqui-escritura»,

40. Walter Greg, *Collected Papers*, J. C. Maxwell (ed.), Oxford, Clarendon Press, 1966; R. B. McKerrow, *An Introduction to Bibliography for Literary Students*, Oxford, Clarendon Press, 1927; Fredson Bowers, *Principles of Bibliographical Description*, Princeton, Princeton University Press, 1949 [Trad. cast.: *Principios de descripción bibliográfica*, Madrid, Arco Libros, 2001], *Bibliography and Textual Criticism*, Oxford, Clarendon Press, 1964, y *Essays in Bibliography, Text, and Editing*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1975.

V3X © gedisa

«iterabilidad») que nos pueden alejar de la percepción de los efectos que producen las diferencias empíricas que borran subsumiéndolas.[41]

Contra esa abstracción de los discursos, conviene recordar que la producción, no sólo de los libros, sino de los *textos* mismos, es un proceso que implica, además del gesto de la escritura, diferentes momentos, diferentes técnicas y diferentes intervenciones. Las transacciones entre las obras y el mundo social no consisten únicamente en la apropiación estética y simbólica de objetos ordinarios, de lenguajes, de prácticas rituales o cotidianas como quiere el *New Historicism*. Se refieren, más fundamentalmente, a las relaciones múltiples, móviles, inestables, anudadas entre el texto y sus materialidades, entre la obra y sus inscripciones. El proceso de publicación, sea cual sea su modalidad, siempre es colectivo, ya que no separa la materialidad del texto de la textualidad del libro. Por lo tanto, es vano pretender dis-

41. Jacques Derrida, *De la Grammatologie*, París, Les Éditions de Minuit, 1967, en particular págs. 75-95 para el concepto de arquiescritura [Trad. cast.: *De la gramatología*, México, Siglo XXI, 1998], y *Limited Inc.*, París, Galilée, 1990, en particular págs. 17-51 para la noción de iterabilidad.

V3X © grdiss

tinguir la sustancia esencial de la obra, considerada siempre similar a sí misma, y las variaciones accidentales del texto, que se juzgan sin importancia por su significado. Sin embargo, las variaciones múltiples impuestas a los textos por las preferencias, los hábitos o los errores de los que los han copiado, modificado o corregido, no destruyen la idea de que las obras conservan una identidad perpetuada, inmediatamente reconocible por sus lectores u oyentes.

Recientemente, David Kastan calificó de «platónica» la perspectiva según la cual una obra trasciende todas sus posibles encarnaciones materiales, y de «pragmática», la que afirma que ningún texto existe fuera de las materialidades que lo dan a leer o escuchar.[42] Esta percepción contradictoria de los textos divide tanto a la crítica literaria como a la práctica editorial, oponiendo a aquellos que tienen la necesidad de hallar el texto tal como su autor lo ha redactado, imaginado, deseado, sanando las heridas que le han infligido la transmisión manuscrita o la com-

42. David Scott Kastan, *Shakespeare and the Book*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, págs. 117-118.

V3X © gedisa

posición tipográfica,[43] con aquellos para quienes las múltiples formas textuales en las que una obra ha sido publicada constituyen sus diferentes estados históricos que deben ser respetados, editados y comprendidos en su diversidad irreductible.

Sin embargo, la contradicción entre platonismo y pragmatismo no debe ocultar la ambivalencia de la relación con las obras. En efecto, un texto siempre se da a leer o a escuchar en uno de sus estados concretos. Según las épocas y los géneros, sus variaciones son más o menos importantes y pueden referirse, de forma separada o simultánea, a la materialidad del objeto, la grafía de las palabras, los principios de puntuación o los mismos enunciados.[44] Pero siempre existen también múltiples dispositivos (filosóficos, estéticos, jurídicos) que se esfuerzan por reducir esa diversidad, postulando la existencia de una obra idéntica a sí misma, al

43. Véase, por ejemplo, la edición de *Don Quijote* de Francisco Rico, Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes/Crítica, 1998, y su obra *El texto del Quijote. Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*, Barcelona, Destino, 2006.

44. Margreta de Grazia y Peter Stallybrass, «The Materiality of the Shakespearean Text», *Shakespeare Quartely*, vol. 44, nº 3, 1993, págs. 255-283.

XXX © prdisa

margen de su forma. En lugar de tratar de desprenderse de esa irreductible tensión, o de resolverla, lo que importa es identificar la manera en que se construye en cada momento histórico. Y, en primer lugar, en y por las obras mismas, o al menos algunas de ellas que se apoderan de los objetos y de las prácticas de la cultura escrita de su tiempo para transfigurarlas en un recurso estético, movilizado por fines poéticos, dramáticos o narrativos. Los procesos que dan existencia a lo escrito en sus diversas formas, públicas o privadas, efímeras o duraderas, también se convierten en el material mismo de la invención literaria.[45]

Producidas en un orden específico, las obras se escapan de éste y cobran existencia al recibir las significaciones que les atribuyen, a veces en la muy larga duración, sus diferentes públicos. Por lo tanto, lo que hay que pensar es la articulación paradójica entre una *diferencia* –aquella por la cual todas las sociedades, con modalidades variables, han separado un ámbito concreto de producciones textuales, de experiencias

45. Roger Chartier, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature (XIe-XVIIIe siècle)*, París, Gallimard/Seuil, 2005 [Trad. cast.: *Inscribir y borrar: cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Madrid, Katz Barpal, 2006.]

V3X © gedisa

colectivas o de goces estéticos– y *dependencias* –las que inscriben la invención literaria o intelectual en los discursos y las prácticas del mundo social, haciéndola posible e inteligible. El cruce inédito de enfoques durante largo tiempo ajenos unos de otros (la crítica textual, la historia del libro, la sociología cultural), pero unidos por el proyecto de una nueva historia cultural, conlleva un reto fundamental: comprender cómo las apropiaciones concretas y las inventivas de los lectores (o los espectadores) dependen, en su conjunto, de los efectos de sentido a los que apuntan las obras mismas, los usos y los significados impuestos por las formas de su publicación y circulación, y las competencias y las expectativas que rigen la relación que cada comunidad mantiene con la cultura escrita.

Discursos eruditos y prácticas populares

Las relaciones entre la cultura popular y la cultura letrada han movilizado apasionadamente a la historia cultural. Las maneras de concebirlas se pueden agrupar en dos grandes modelos de descripción y de interpretación. El primero, deseoso de abolir toda forma de etnocentrismo cultural, trata la cultura popular

VEX © Editus

como un sistema simbólico coherente, que se ordena según una lógica extranjera e irreductible a la de la cultura letrada. El segundo, preocupado por recordar la fuerza de las relaciones de dominación y de las desigualdades del mundo social, aborda la cultura popular a partir de sus dependencias y de sus faltas con respecto a la cultura de los dominantes. De modo que, por un lado, la cultura popular se piensa como autónoma, independiente, cerrada sobre sí misma; y por otro lado se la define por su distancia con respecto a la legitimidad cultural. Los historiadores han oscilado durante largo tiempo entre esas dos perspectivas, como muestran, a la vez, los trabajos realizados sobre la religión o la literatura consideradas como específicamente «populares» y la construcción de una oposición, reiterada con el transcurso del tiempo, entre la edad de oro de una cultura popular libre y vigorosa y los tiempos de las censuras y las presiones que la condenan y las desmantelan.[46]

Sin duda se debe matizar o rechazar distinciones tan categóricas. En primer lugar, está claro que el es-

46. Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, Maurice Temple Smith, 1978. [Trad. cast.: *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 2005.]

V3X © gedisa

quema que opone esplendor y miseria de la cultura popular no es propio de la edad moderna. Se halla en los historiadores medievalistas que designan el siglo XIII como el tiempo de una aculturación cristiana destructora de las tradiciones de la cultura popular laica de los siglos XI y XII. Caracteriza, asimismo, el movimiento que hace pasar, entre 1870 y 1914, a las sociedades occidentales de una cultura tradicional, campesina y popular, a una cultura nacional, homogénea, unificada y desenclavada. Y se supone que un contraste similar distingue, en el siglo XX, la cultura de masas impuesta por los nuevos medios de comunicación de una antigua cultura comunitaria y creadora. Como el fénix, la cultura parece renacer de sus cenizas después de cada una de sus desapariciones. El verdadero problema no es, pues, fechar la desaparición irremediable de una cultura dominada por ejemplo en 1600 o en 1650, sino comprender cómo, en cada época, se tejen relaciones complejas entre formas impuestas, más o menos restrictivas, e identidades salvaguardadas, más o menos alteradas.[47]

47. Natalie Zemon Davis, *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, Stanford University Press, 1975. [Trad. cast.: *Sociedad y cultura en la Francia moderna*, Barcelona, Crítica, 1993.]

V3X © gedisa

La fuerza de los modelos culturales dominantes no anula el espacio propio de su recepción. Siempre existe una brecha entre la norma y lo vivido, el dogma y la creencia, las órdenes y las conductas. En esa brecha se insinúan las reformulaciones, los desvíos, las apropiaciones y las resistencias.[48] Y al revés, la imposición de disciplinas inéditas, la inculcación de nuevas sumisiones, la definición de nuevas reglas de conducta siempre deben ceder o negociar con las representaciones arraigadas y las tradiciones compartidas. Por lo tanto, es inútil pretender identificar la cultura, la religión o la literatura «popular» a partir de prácticas, creencias o textos que les serían específicos. Lo esencial está en otra parte, en la atención sobre los mecanismos que hacen interiorizar a los dominados su propia inferioridad o ilegitimidad y, contradictoriamente, sobre las lógicas gracias a las cuales una cultura dominada logra preservar algo de su coherencia simbólica. La lección vale tanto para el enfrentamiento

48. Michel de Certeau, *L'Invention du quotidien*, 1, *Arts de faire*, París, UGE, 1980; reedición, París, Gallimard, 1990. [Trad. cast.: *La invención de lo cotidiano, 1, Artes de hacer*, Icaria, 1996.]

V3X © gedisa

entre los clérigos y las poblaciones rurales en la vieja Europa,[49] como para las relaciones entre vencedores y vencidos en el mundo.[50]

De ahí se desprende el principal desafío que se presenta a la historia cultural: cómo pensar la articulación entre los discursos y las prácticas. El cuestionamiento de las viejas certidumbres ha adoptado la forma del «giro lingüístico», que se basa en dos ideas fundamentales: que la lengua es un sistema de signos cuyas relaciones producen por sí mismas significados múltiples e inestables, fuera de toda intención o de cualquier control subjetivo; y que la «realidad» no es una referencia objetiva, externa al discurso, sino que siempre es construida en y por el lenguaje. Esa perspectiva afirma que los intereses sociales nunca son una realidad preexistente, sino siempre el resultado de una construcción simbólica

49. Carlo Ginzburg, *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del'500*. Turín, Giulio Einaudi editore, 1976. [Trad. cast.: *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, El Aleph, 1997.]

50. Serge Gruzinski, *La colonisation de l'imaginaire. Sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVIe-XVIIIe siècles*, París, Gallimard, 1988.

V3X © gedisa

y lingüística, y considera que toda práctica, sea la que sea, se ubica necesariamente en el orden del discurso.[51]

Contra esos postulados, es necesario recordar que, si las prácticas antiguas no son accesibles sino, la mayoría de las veces, a través de los textos que se proponían representarlas u organizarlas, prescribirlas o proscribirlas, esto no implica afirmar la identidad de dos lógicas: la que gobierna la producción y la recepción de los discursos y la que rige las conductas y las acciones. Para pensar esa irreductibilidad de la experiencia al discurso, de las lógicas de la práctica a la lógica logocéntrica, los historiadores han podido apoyarse en la distinción propuesta por Foucault entre «formaciones discursivas» y «sistemas no discursivos»[52] o en la establecida por Bourdieu entre «sentido práctico» y «razón escolástica».[53]

51. Keith M. Baker, *Inventing the French Revolution: Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
52. Michel Foucault, *L'Archéologie du savoir*, París, Gallimard, 1969.
53. Pierre Bourdieu, *Méditations pascaliennes*, París, Éditions du Seuil, 1997. [Trad. cast.: *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999.]

V3X © gedisa

Esas distinciones advierten contra un uso descontrolado de la noción de «texto», a menudo aplicada indebidamente a prácticas cuyos procedimientos no son similares en absoluto a las estrategias que gobiernan el enunciado de los discursos. La construcción de los intereses por los lenguajes disponibles en un tiempo dado siempre está limitada por los recursos desiguales (materiales, lingüísticos o conceptuales) de que disponen los individuos. De modo que las propiedades y las posiciones sociales que caracterizan, en sus distancias, a los diferentes grupos sociales no son sólo un efecto del discurso, sino que también designan las condiciones de posibilidad.

El objeto fundamental de una historia que se propone reconocer la manera en que los actores sociales otorgan sentido a sus prácticas y a sus enunciados se ubica por tanto en la tensión entre, por un lado, las capacidades inventivas de los individuos o las comunidades y, por otro, las restricciones y las convenciones que limitan –de manera más o menos clara según la posición que ocupan en las relaciones de dominación– lo que les es posible pensar, decir y hacer. Esta observación es válida también para las obras letradas y las creaciones estéticas, siempre ins-

V3X © gedisa

critas en las herencias y las referencias que las hacen concebibles, comunicables y comprensibles. Es válida, asimismo, para las prácticas ordinarias, diseminadas y silenciosas, que inventan lo cotidiano.

A partir de esa observación se debe comprender la relectura, por los historiadores, de los clásicos de las ciencias sociales (Elias, Weber, Durkheim, Mauss, Halbwachs) y la importancia de un concepto como el de «representación» que ha venido a designar prácticamente por sí mismo la nueva historia cultural. En efecto, esa noción permite vincular estrechamente las posiciones y las relaciones sociales con la manera en que los individuos y los grupos se perciben y perciben a los demás. Las representaciones colectivas, definidas a la manera de la sociología de Durkheim y Mauss, incorporan en los individuos, bajo la forma de esquemas de clasificación y juicio, las divisiones mismas del mundo social. Son ellas las que transmiten las diferentes modalidades de exhibición de la identidad social o de la potencia política tal como las hacen ver y creer los signos, las conductas y los ritos. Por último, esas representaciones colectivas y simbólicas hallan, en la existencia de representantes, individuales o colectivos, concretos o

VEX © gedisa

abstractos, los garantes de su estabilidad y su continuidad.

— En estos últimos años, los trabajos de historia cultural han hecho gran uso de esa triple acepción de la representación, en esos términos o en otros, por dos razones fundamentales. En primer lugar, el retroceso de la violencia entre los individuos que caracteriza a las sociedades occidentales entre la Edad Media y el siglo XVIII y que deriva de la confiscación (al menos tendencial) del Estado sobre el empleo legítimo de la fuerza, ha reemplazado (al menos parcialmente) los enfrentamientos directos, brutales y sangrientos, por luchas cuyo instrumento y reto son las representaciones.[54] Por otro lado, la autoridad de un poder o la dominación de un grupo dependen del crédito otorgado o denegado a las representaciones que éste proponga de sí mismo.

La atención prestada a la violencia simbólica, que supone que quien la sufre contribuye a su eficacia, al

54. Norbert Elias, *Uber den Prozess der Ziviliation. Soziogenetische und pychogenetische Untersuchungen*, Bâle, 1939 (reediciones en Berna, Verlag Francke AG, 1969, y Francfort del Meno, Suhrkamp Verlag, 1979). [Trad. cast.: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica España, 1988.]

V3X © gedisa

interiorizar su legitimidad, ha transformado profundamente la comprensión de varias realidades esenciales: así, el ejercicio de la autoridad, fundada en la adhesión a los signos, a los ritos y a las imágenes que la hacen ver y obedecer;[55] la construcción de las identidades sociales o religiosas, ubicada en la tensión entre las representaciones impuestas por los poderes o las ortodoxias y la conciencia de pertenencia de cada comunidad;[56] o incluso las relaciones entre los sexos, pensadas como inculcación, por las representaciones y las prácticas, de la dominación masculina y como la afirmación de una identidad femenina propia, enunciada fuera o con el consentimiento, por el rechazo o la apropiación de los modelos impuestos.[57] La reflexión sobre la definición de las identidades sexuales constituye una ilustración ejemplar

55. Louis Marin, *Le portrait du roi*, París, Les Éditions de Minuit, 1981.

56. Carlo Ginzburg, *I Benandanti. Stregoneria e culti agrari tra Cinquecento e Seicento*. Turín, Giulio Einaudi editore, 1966, y Bronislaw Geremek, *Inutiles au monde. Truands et misérables dans l'Europe moderne (1350-1600)*, París, Gallimard y Julliard, 1980.

57. Joan Scott, *Only Paradoxes to Offer. French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge, Mass., y Londres, Harvard University Press, 1996.

V3X © gedisa

de la exigencia que hoy habita en toda práctica histórica: comprender, a la vez, cómo las representaciones y los discursos construyen las relaciones de dominación y cómo ellos mismos dependen de los recursos desiguales y de los intereses contrarios que separan a aquellos cuya potencia legitiman de aquellos o aquellas cuya sumisión aseguran (o deben asegurar).

Así entendida, la noción de representación no nos aleja ni de lo real ni de lo social. Ayuda a los historiadores a deshacerse de la «muy magra idea de lo real», como escribía Foucault, que durante largo tiempo ha sido la suya, haciendo hincapié en la fuerza de las representaciones, sean interiorizadas u objetivadas. Las representaciones no son simples imágenes, verídicas o engañosas, de una realidad que les sería externa. Poseen una energía propia que persuade de que el mundo o el pasado es, en efecto, lo que dicen que es. En ese sentido, *producen* las brechas que fracturan a las sociedades y las incorporan en los individuos. Conducir la historia de la cultura escrita dándole como piedra angular la historia de las representaciones es, pues, vincular el poder de los escritos o de las imágenes que los dan a leer, escu-

V3X © gedisa

char o ver, con las categorías mentales, socialmente diferenciadas que son las matrices de las clasificaciones y de los juicios.

Microhistoria y globalidad

En 2000, uno de los principales temas del XIX Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Oslo fue la «global history».[58] Esa propuesta se basaba en una serie de rechazos: rechazo del marco del Estado-nación que delimita, retrospectivamente, una entidad social y cultural ya presente incluso antes de su advenimiento político; rechazo de los recortes tradicionales de la monografía histórica que explora las especificidades de una provincia, una región o una ciudad; y, por último, rechazo del enfoque microhistórico, sospechoso por haber descuidado lo lejano.

58. *Proceedings/Actes. 19th International Congress of Historical Sciences/XIXe Congrès International des Sciences Historiques*, Oslo, 2000, «Perspectives on Global History: Concepts and Methodology/Mondialisation de l'histoire: concepts et méthodologie», págs. 3-52.

V3X © gedisa

Ante esas maneras de escribir la historia, ¿cómo construir una historia pensada a escala del mundo? ¿Debe ser una forma nueva de comparativismo, tal como había propuesto Marc Bloch en 1928, en una presentación que se ha vuelto clásica y que se pronunció en el VI Congreso Internacional de Ciencias Históricas, también celebrado en Oslo?[59] ¿Debe comprenderse como la identificación de diferentes espacios en el sentido braudeliano, que hallan su unidad histórica en las redes de relaciones y de intercambios que los constituyen, al margen de las soberanías estatales? ¿O se debe considerar que esa historia ha de ser, ante todo, una historia de los contactos, los encuentros, las aculturaciones y los mestizajes?

Esa historia a muy grande escala, sea cual sea su definición, plantea una cuestión difícil a las prácticas historiadoras: ¿cómo conciliar el recorrido de los espacios y de las culturas con las exigencias que rigen el conocimiento histórico desde el siglo XIX, al menos, y que suponen el análisis de las fuentes prima-

59. Marc Bloch, «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», *Revue de Synthèse historique*, XLVI, 1928, págs. 15-50.

V3X © gedisa

rias, el dominio de las lenguas en las que están escritas y el conocimiento profundo del contexto en el que se ubica todo fenómeno histórico en particular? Grandes ejemplos muestran que es posible encarar ese reto, pero el hecho de que los defensores más fervientes de una historia global no hagan, por lo general, más que referencias a obras publicadas en un solo idioma –el inglés– no deja de ser preocupante...

El retorno a una historia global no puede ser separado de la reflexión sobre las variaciones de escalas en historia, como la que ha realizado recientemente Ricœur.[60] Éste observa: «En cada escala, se ven cosas que no se ven en otra escala, y cada visión tiene sus razones». Por lo tanto, es imposible totalizar esas diferentes maneras de ver el mundo y es inútil buscar la «saliente» de donde podrían ser vistas como conmensurables. La advertencia es útil para evitar falsos debates sobre la supuesta superioridad epistemológica de tal o cual observación: la referencia otorgada a una u otra depende de lo que el historiador desea ver. Por lo demás, la observa-

60. Paul Ricœur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, op. cit., págs. 267-292.

V3X © gedisa

ción puede referirse a una misma escala de análisis y evitar una definición unívoca del enfoque microhistórico. En efecto, hay una gran distancia entre la perspectiva que considera los recortes microhistóricos como laboratorios que permiten analizar intensamente los mecanismos de poder que caracterizan una estructura sociopolítica propia de un tiempo y un lugar determinados,[61] y la que considera esos mismos recortes como una condición de acceso a creencias y a ritos que, usualmente, las fuentes callan o soslayan y que remiten, en su «anomalía» incluso (el término es de Ginzburg), a un zócalo cultural compartido por la humanidad toda. En este último sentido, no hay ninguna contradicción entre una técnica de observación microhistórica y una descripción macroantropológica.[62]

61. Giovanni Levi, *L'eredità immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del seicento*, Turín, Einaudi [Trad. cast.: *La herencia inmaterial: la historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, San Sebastián, Editorial Nerea, 1990], y Jaime Contreras, *Sotos contra Riquelmes. Regidores, inquisidores y criptojudíos*, Barcelona, Muchnik, 1992.

62. Véase Carlo Ginzburg, *Storia notturna, Una decifrazione del sabba*, Turín, Gilio Einaudi editore, 1989. [Trad. cast.: *Historia nocturna*, Barcelona, El Aleph, 1991.]

VEX © gedisa

El camino es estrecho entre la recusación de, a la vez, una historia global, comprendida como una figura moderna de la vieja historia universal,[63] y la de una historia comparada, comprendida como puramente morfológica.[64] Lo que importa es la elección de un marco de estudio capaz de hacer visibles las *connected histories*[65] que han relacionado a poblaciones, culturas, economías y poderes. La elección puede privilegiar una soberanía ejercida en territorios diseminados en varios continentes y dentro de la cual se producen las circulaciones de los hombres y los productos, la transmisión de las informaciones, el intercambio de saberes y el mestizaje de los imaginarios. En ese caso, las cadenas de interdependencia

63. Véase Reinhard Koselleck, «Geschichte», dans *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), Stuggart, Klett-Cotta, 1975, vol. 2, págs. 647-717.

64. Marcel Détienne, *Comparer l'incomparable*, París, Éditions du Seuil, 2000. [Trad. cast.: *Comparar lo incomparable*, Barcelona, Península, 2001.]

65. Sanjay Subrahmanyam, «Connected Histories: Notes Towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia», en *Beyond Binary Histories. Re-imagining Eurasia to c. 1830*, V. Lieberman (ed.), The University of Michigan Press, 1977, págs. 289-315.

V3X © gedisa

que vinculan a una distancia muy grande a los individuos y las comunidades están ubicadas en un espacio fragmentado y discontinuo, pero gobernado por una misma autoridad política.[66] Otra opción posible consiste en identificar la transmisión y el reempleo de las mismas referencias, los mismos mitos, las mismas profecías en contextos muy diferentes y alejados.[67]

La alternativa remite a la tensión entre el enfoque morfológico, que hace el inventario de los parentescos que existen entre diferentes formas (estéticas, rituales, ideológicas, etcétera) al margen de toda certificación de contactos culturales, y el enfoque histórico, que identifica las circulaciones, los préstamos y las hibridaciones. Carlo Ginzburg señaló con agudeza, a propósito de la utilización del mortuorio doble en numerosos ritos funerarios, la difícil, incluso imposible, conciliación entre esos dos modos de compren-

66. Serge Gruzinski, «Les mondes mêlés de la Monarchie catholique et autres "connected histories"», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 2001, págs. 85-117.

67. Sanjay Subrahmanyam «Du Tage au Gange au XVIe siècle: une conjoncture millénariste à l'échelle eurasiatique», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 2001, págs. 51-84.

V3X © gedisa

sión.[68] El primero conduce al reconocimiento de invariantes, necesariamente relacionadas con su universalidad, pero con el riesgo de la descontextualización de un elemento concreto con respecto al sistema simbólico que le da sentido y a los usos localizados y específicos que constituyen sus significaciones propias. El segundo da cuenta con rigor de las transmisiones y las apropiaciones, siempre contextualizadas con precisión, pero con el riesgo del «borrado» de la identificación del zócalo antropológico universal que hace al «ser-hombre», como diría Ricœur, y que vuelve posibles los reconocimientos más allá de las diferencias y las discontinuidades.

La apertura de los espacios, posibilitada en los siglos XV y XVI por los descubrimientos, los intercambios y las conquistas, autorizó por primera vez la confrontación de los saberes propios de diferentes culturas y la posibilidad de comparaciones desplegadas a escala planetaria, y no sólo por los europeos.[69]

68. Carlo Ginzburg, «Représentation: le mot, l'idée, la chose», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 1991, págs. 1219-1234.

69. Sanjay Subrahmanyam, «On World Historians in the Sixteenth Century", *Representations*, 91, 2005, págs 26-57, y/o Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, París, Éditions La Martinière, 2004.

V3X © gedisa

Así pues, la conciencia de globalidad de los contemporáneos conduce, a su manera, a la de los historiadores. Por ello, una de las prácticas posibles de la historia global se apega a los pasajes entre mundos muy alejados unos de otros[70] o bien reconoce en las situaciones más locales las interdependencias que las ligan a lo lejos, sin que necesariamente los actores tengan una clara percepción de ello. La unión indisociable de lo global y lo local ha llevado a algunos a proponer la noción de «glocal», que designa con corrección, si no con elegancia, los procesos por los cuales son apropiadas las referencias compartidas, los modelos impuestos, los textos y los bienes que circulan a escala planetaria, para cobrar sentido en un tiempo y en un lugar concretos.

70. Natalie Zemon Davis, *Women on the Margins. Three Seventeenth-Century Lives*, Cambridge, Mass. y Londres, Harvard University Press, 1995 [Trad. cast.: *Mujeres de los márgenes: tres vidas del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 1999] y *Trickster Travels: A Sixteenth Century Muslim Between Worlds*, Nueva York, Hill & Wong, 2006.

V3X © gedisa

La historia en la era digital

Otra cuestión de nuestro presente, menos aguda hace diez años, es la de las mutaciones que impone a la historia el ingreso en la era de la textualidad electrónica. El problema ya no es el que, clásicamente, vinculaba los desarrollos de la historia seria y cuantitativa con el recurso al ordenador para el procesamiento de grandes cantidades de datos, homogéneos, repetidos e informatizados. Ahora se trata de nuevas modalidades de construcción, publicación y recepción de los discursos históricos.[71]

En efecto, la textualidad electrónica transforma la manera de organizar las argumentaciones, históricas o no, y los criterios que puede movilizar un lector para aceptarlas o rechazarlas. En cuanto al historiador, permite desarrollar demostraciones según una lógica que ya no es necesariamente lineal o deductiva, como es la que impone la inscripción, sea cual sea la técnica, de un texto en una página. Permite

71. Roger Chartier, «Languages, Books, and Reading from Printed Word to Digital Text», *Critical Inquiry*, vol. 31, otoño de 2004, «Arts of Transmission», James Chandler, Arnold I. Davidson y Adrian Johns (eds.), págs. 133-152.

VJX © gedisa

una articulación abierta, fragmentada, relacional del razonamiento, hecha posible por la multiplicación de los enlaces hipertextuales. En cuanto al lector, ahora la validación o el rechazo de un argumento puede apoyarse en la consulta de textos (pero también de imágenes fijas o móviles, palabras grabadas o composiciones musicales) que son el objeto mismo de estudio, a condición de que, obviamente, sean accesibles en forma digital. Si ello es así, el lector ya no está obligado a creer al autor; puede, por su parte, si tiene ganas y tiempo, rehacer total o parcialmente el recorrido de la investigación.

En el mundo de los impresos, un libro de historia supone un pacto de confianza entre el historiador y su lector. Las notas remiten a documentos que el lector, por lo general, no podrá leer. Las referencias bibliográficas mencionan libros que el lector, la mayoría de las veces, no podría encontrar más que en bibliotecas especializadas. Las citas son fragmentos recortados por la mera voluntad del historiador, sin posibilidad, para el lector, de conocer la totalidad de los textos de donde han sido extraídos los fragmentos. Esos tres dispositivos clásicos de la prueba de historia (la nota, la referencia, la cita) están muy

V3X © gedisa

modificados en el mundo de la textualidad digital a partir del momento en que el lector es colocado en posición de poder leer, a su vez, los libros que ha leído el historiador y consultar por sí mismo, directamente, los documentos analizados. Los primeros usos de esas nuevas modalidades de producción, organización y acreditación de los discursos de saber muestran la importancia de la transformación de las operaciones cognitivas que implica el recurso al texto electrónico. Aquí hay una mutación epistemológica fundamental que transforma profundamente las técnicas de la prueba y las modalidades de construcción y validación de los discursos de saber.

Un ejemplo de las nuevas posibilidades abiertas tanto para la consulta de *corpus* de documentos como para la construcción misma de una argumentación histórica es la doble publicación (impresa en las páginas de la *American Historical Review* y electrónica en el sitio de la American Historical Association) del artículo que Robert Darnton dedicó a las canciones subversivas recogidas por los espías de la policía del rey en los cafés parisinos del siglo XVIII.[72]

72. Robert Darnton, «An Early Information Society: News and the Media in Eighteenth-Century París», *American Historical*

VEX © gedisa

La forma electrónica ofrece al lector lo que el impreso no puede darle: una cartografía dinámica de los lugares donde son cantadas las canciones, los informes de la policía que recogen las letras subversivas, el *corpus* de canciones y, gracias a la grabación hecha por Hélène Delavault, la escucha de los textos tal como los oyeron los contemporáneos. Así se establece una relación nueva, más comprometida con las huellas del pasado y posiblemente más crítica con respecto a la interpretación del historiador.

Al permitir una nueva organización de los discursos históricos, basada en la multiplicación de los enlaces hipertextuales y la distinción entre diferentes niveles de textos (del resumen de las conclusiones a la publicación de los documentos), el libro electrónico es una respuesta posible, o al menos presentada como tal, a la crisis de la edición en ciencias humanas.[73] En ambos lados del Atlántico los efectos son comparables, aunque las causas principales no

Review, 105, febrero de 2000, págs 1-35 y página *web* de la AHR: www.historycooperative.og/ahr.

73. Véase, por ejemplo, el proyecto desarrollado por Columbia University Press en Nueva York: Electronic Publishing Initiative @ Columbia y su serie "Gutenberg-e series of monographs in History».

V3X © gedisa

sean exactamente las mismas. En Estados Unidos, la cuestión principal es la reducción drástica de las adquisiciones de *monographs* por las bibliotecas universitarias cuyos presupuestos son devorados por los abonos a las publicaciones científicas que, en algunos casos, tienen precios considerables (entre 10.000 y 15.000 dólares por año). De ahí las reticencias de las editoriales universitarias ante la publicación de obras que se consideran demasiado especializadas: tesis de doctorado, estudios monográficos o libros de erudición.[74] En Francia, y sin duda más ampliamente en Europa, una reducción similar de la producción, que limita el número de títulos publicados y rechaza las obras demasiado concretas o las traducciones demasiado costosas, proviene, sobre todo, de la disminución del público de lectores asiduos, que no estaba formado sólo por universitarios, junto con la caída del volumen de sus compras.[75]

74. Robert Darnton, «The New Age of the Book», *The New York Review of Books*, 18 de marzo de 1999, págs. 5-7.

75. Roger Chartier, «Mort ou transfiguration du lecteur?», en *Où va le livre ?*, bajo la dirección de Jean-Yves Mollier, París, La Dipute, 2000, págs. 295-312.

VEX © gedisa

¿La edición electrónica de los libros de historia que las editoriales no desean o no pueden publicar es la solución a esa dificultad? Las iniciativas tomadas en ese sentido, con la creación de colecciones digitales dedicadas a publicar libros nuevos, permitirían pensar que es así. Pero sigue pendiente una cuestión: la de la capacidad de ese libro nuevo de encontrar o producir a sus lectores. Por un lado, la larga historia de la lectura muestra con fuerza que las mutaciones en el orden de las prácticas suelen ser más lentas que las revoluciones de las técnicas y que siempre están defasadas con respecto a éstas. La invención de la imprenta no produjo inmediatamente nuevas maneras de leer. A la vez, las categorías intelectuales que asociamos con el mundo de los textos perduran ante las nuevas formas de lo escrito, mientras que la propia noción de «libro» se halla cuestionada por el hecho de la disociación entre la obra, en su coherencia intelectual, y el objeto material que aseguraba su inmediata percepción y aprehensión. Por otro lado, no se debe olvidar que los lectores (y los autores) potenciales de los libros electrónicos, cuando no se trata de *corpus* de documentos, son aún minoritarios. Sigue existiendo una profunda

V3X © gedisa

brecha entre la obsesiva presencia de la revolución electrónica en los discursos y la realidad de las prácticas de lectura, que siguen estando en gran medida apegadas a los objetos impresos y que no explotan sino parcialmente las posibilidades ofrecidas por lo digital. El fracaso y la desaparición de numerosos editores que se habían especializado en el mercado de los ensayos y las novelas en formato electrónico nos recuerdan que sería un error considerar que lo virtual ya es real.

Los tiempos de la historia

El título de este ensayo es *La historia o la lectura del tiempo*. En esta conclusión, desearía ponerlo en plural y recordar, siendo fiel a la obra de Fernand Braudel, que la especificidad de la historia, dentro de las ciencias humanas y sociales, es su capacidad de distinguir y articular los diferentes tiempos que se hallan superpuestos en cada momento histórico. Se debe volver aquí a la construcción temporal que sostenía todo el edificio de la historia global y, más allá, de la ciencia de lo social, tal como las definía Brau-

V3X © gedisa

del: «La historia se ubica en niveles diferentes, diría en tres niveles, pero es una manera de decir, simplificando mucho. [...] En la superficie, la historia que se inscribe en el tiempo corto es una microhistoria. En el nivel medio, una historia coyuntural sigue un ritmo más amplio y más lento. Hasta ahora se la ha estudiado sobre todo en el plano de la vida material, los ciclos o interciclos económicos. [...] Más allá de ese "recitativo" de la coyuntura, la historia estructural, o de larga duración, cuestiona siglos enteros; está en el límite de lo móvil y lo inmóvil y, por sus valores fijos durante largo tiempo, aparece como invariante con respecto a otras historias, que pasan y se cumplen más rápido y que, en última instancia, gravitan en torno a ella».[76] Hoy pueden plantearse tres cuestiones a este modelo de las duraciones superpuestas y heterogéneas. En primer lugar, ¿son tan irreductiblemente diferentes unas de otras? ¿No se ha de considerar, como hace Paul Ricoeur en *Temps et récit*, que «la noción misma de la historia de larga

76. Fernand Braudel, «Histoire et sociologie» [1958], en Fernand Braudel, *Les Ambitions de l'histoire*, París, Éditions de Fallois, 1997, págs 179-196 (cita en la pág. 189-190). [Trad. cast.: *Las ambiciones de la historia*, Barcelona, Crítica, 2002.]

V3X © gedisa

duración dimana del acontecimiento dramático, en el sentido de acontecimiento-estructurados-en-trama» y que, por ello, los tres tiempos braudelianos están estrechamente vinculados y remiten a una misma matriz temporal?[77] El tiempo largo del Mediterráneo debe comprenderse como una gran intriga, construida según las fórmulas narrativas que rigen el relato del acontecimiento y que articulan las temporalidades construidas del relato con el tiempo subjetivo del individuo. En la escritura del historiador, el tiempo del mar y el tiempo del rey se construyen según las mismas figuras.

Luego, ¿se ha de acotar el «acontecimiento» a su definición tradicional, la que lo vincula al tiempo corto, a las decisiones conscientes, a lo político? En un ensayo dedicado a Nietzsche, Michel Foucault asocia estrechamente una crítica devastadora de la noción de origen a una reformulación del concepto de acontecimiento. Para él, la brutalidad del acontecimiento debe ubicarse no en los accidentes en el transcurso de la historia o las elecciones de los indi-

77. Paul Ricœur, *Temps et récit*, París, Éditions du Seuil, tomo I, *L'intrigue et le récit historique*, 1983, pág. 289. [Trad. cast.: *Tiempo y narración*, Madrid, Cristiandad, 1997.]

VSX © gedisa

viduos, sino en lo que aparece a los historiadores como lo menos «factual», a saber las transformaciones de las relaciones de dominación: «Por acontecimiento ha de entenderse no una decisión, un tratado, un reino o una batalla, sino una relación de fuerzas que se invierte, un poder confiscado, un vocabulario que se retoma y se vuelve contra sus usuarios, una dominación que se debilita, se distiende, se envenena a sí misma y otra que hace su entrada, enmascarada. Las fuerzas que están en juego en la historia no obedecen ni a un destino ni a una mecánica, sino al azar de la lucha. No se manifiestan como las formas sucesivas de una intención primordial; tampoco adoptan la forma de un resultado. Siempre aparecen en las circunstancias singulares del acontecimiento».[78] Si bien el acontecimiento, en esa lectura nietzscheana, es aleatorio, violento e inesperado, no designa la espuma de los hechos, sino las rupturas y las discontinuidades más fundamentales.

78. Michel Foucault, «Nietzsche, la généalogie, la morale» [1971] [Trad. cast.: *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pretextos, 2004], en Michel Foucault, *Dits et écrits 1954-1988*, bajo la dirección de Daniel Defert y François Ewald, París, Gallimard, tomo II, *1970-1975*, págs 136-156 (cita en la pág. 148).

V3X © gedisa

Por último, ¿se pueden considerar las temporalidades como externas a los individuos, como medidas del mundo, y de los hombres? Pierre Bourdieu, en las *Méditations pascaliennes*, subraya con insistencia que la relación con el tiempo es una de las propiedades sociales más desigualmente distribuidas: «Habría que describir, relacionándolas con sus condiciones económicas y sociales de posibilidad, las diferentes maneras de temporalizarse».[79] Ser dueño de su propio tiempo, controlar el tiempo de los demás («el todopoderoso es el que no espera y, en cambio, hace esperar»),[80] no tener ninguna influencia sobre el tiempo y, de golpe, dejarse llevar por los juegos de azar que «permiten arrancarse del tiempo anulado de una vida sin justificación y, sobre todo, sin compromiso posible»[81] son algunas de las modalidades incorporadas de la relación con el tiempo que expresan el poder de los dominantes y la impotencia de los desfavorecidos. De modo que las diversas tem-

79. Pierre Bourdieu, *Méditations pascaliennes*, op. cit., pág. 265. [Trad. cast.: *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999.]
80. Ibíd., pág. 302.
81. Ibíd., pág. 295.

V3X © gedisa

poralidades no deben ser consideradas como envolturas objetivas de los hechos sociales. Son el producto de construcciones sociales que aseguran el poder de unos (sobre el presente o el futuro, sobre sí mismos o sobre los demás), y llevan a los otros a la desesperanza. Hoy la arquitectura braudeliana de las duraciones encastradas (larga duración, coyuntura, acontecimiento) sin duda merece repensarse. El hecho es que la lectura de las diferentes temporalidades que hacen que el presente es lo que es, herencia y ruptura, invención e inercia a la vez, sigue siendo la tarea singular de los historiadores y su responsabilidad principal para con sus contemporáneos.

A VIRTUAL - TU BIBLI
Difusión
La fotocop
al li
el mer

Visión 3X

Marc Augé
Por una antropología de la movilidad

Roger Chartier
La historia o la lectura del tiempo

Manuel Cruz
Acerca de la dificultad de vivir juntos
La prioridad de la política sobre la historia

Néstor García Canclini
Lectores, espectadores e internautas

Ferran Mascarell
Barcelona como proyecto de cultura

Josep Ramoneda
Una defensa apasionada de la Ilustración

George Yúdice
Nuevas tecnologías, música y experiencia

OGRAFÍA - BIBLIOTEC
gratuita.
ia no mata
oro,
cado sí.